

El Médico y el porvenir

Un reciente y muy interesante artículo de mi querido amigo, el ilustre Francos Rodríguez, acerca de lo que pudiéramos llamar superproducción de médicos en las Universidades españolas, me mueve a publicar algunas opiniones que he ido formando, no merced a un intencionado estudio de la cuestión, sino suscitadas por observaciones esporádicas y casi involuntarias, pero tan repetidas, que las creo suficientes para asentar sobre ellas una generalización.

Estimo y respeto profundamente a los médicos. Alguna vez ya he dicho que ellos forman el gremio donde la proporción de personas inteligentes es mayor. Busco preferentemente su compañía. Casi todos mis mejores amigos son médicos. Todo esto, sin embargo, no impide que yo comprenda que la medicina es aún una ciencia de reducidísima eficacia, y que—cuando la Humanidad salga de esta alocada infancia en que vive—el médico, tal y como hoy se entiende y se ejerce esa profesión, será un absurdo. Quiero decir que habrá cambiado tan radicalmente la organización de los servicios sanitarios, que el médico de nuestros días merecerá de los hombres futuros el mismo complicado sentimiento de admiración que otorgaríamos a un mártir un poco extraviado.

Desde luego, a medida que los conocimientos médicos vayan extendiéndose, un amplio y difuso campo científico—hoy independiente—, el de la psicología, quedará captado y sometido a la medicina, invadido y anegado por ella como un valle en una inundación. Ya no serán posibles entonces estas bellas e inútiles especulaciones acerca de los fenómenos anímicos, del bien y del mal, del entendimiento y de la incomprensión, de los resortes de la voluntad y de las laxitudes de la abulia. El malabarismo brillante y vacuo de las teorías hipotéticas cesará, avergonzado de haber existido alguna vez. No se estudiarán las almas en las novelas, sino en las clínicas. Y esto no quiere decir que en tales remotos tiempos no se escriban novelas, sino que será ridículamente inútil la pretensión de describir y combinar las acciones y las reacciones humanas sin haberse empapado en ciencia médica. Un criterio de entonces no acusará estúpidamente a un autor de "no haber sostenido los caracteres", pero le aniquilará diciendo, verbigracia: "El señor Fulánez desconoce lamentablemente el funcionamiento de las glándulas de la secreción interna". Y aún me inclino a creer que la crítica será previa, y estará a cargo de los doctores. Sólo ellos pueden evitar a la Humanidad la molestia que maniáticos sin talento, gramófonos aburridos, le imponen con sus obras. Un médico podrá decir entonces, inapelablemente:

—¿Qué se propone usted? ¿Ser un escritor humorista? Imposible. Su hígado está sano, diligente y expedito. Serán inútiles los esfuerzos que usted realice para cultivar con éxito esa modalidad.